

López Guil Itziar

Poesía religiosa cómico-festiva del bajo Barroco español

En 1996, al estudiar los fondos de la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Central de Zúrich, di con el manuscrito D-249, un interesante códice en castellano del último tercio del siglo XVII, en el que se recoge una amplia colección de poemas, algunas loas y diálogos dramáticos, un corto texto en prosa a modo de ensayo, un texto satírico en prosa y una carta. Aunque en algunas de las obras se menciona al autor, la gran mayoría de los textos son anónimos. [...].

Un detenido estudio bibliográfico de D-249 (que, en lo sucesivo, llamaré Z) me llevó a descubrir la existencia de una copia imitativa en la Biblioteca Nacional de Madrid, realizada una treintena de años después y en la que se conservan las 132 páginas finales que faltan al códice de Zúrich. Asimismo me permitió determinar que, si bien algunas de las obras —las atribuidas a Quevedo, Lope, Juan de Tassis y Calderón— se recogían en otros códices y ediciones de la época, muchos de los poemas de la colección eran inéditos y, al pertenecer gran parte de ellos a los años cincuenta y sesenta del siglo XVII, representaban un testimonio de incalculable valor de una época entonces muy poco estudiada en la poesía española.

Dado el ingente número de textos recogidos en el cancionero y su filiación a muy diversos géneros líricos, una vez calibrado su valor literario e histórico, decidí estudiar aquellos de temática religiosa y de carácter cómico-festivo, por cuanto constituyen un *corpus* representativo de un subgénero lírico prácticamente ignorado por nuestra historia de la literatura, si bien cabe reseñar aquí, con optimismo y entusiasmo, el notable despegue que, en el último decenio, han tenido los estudios acerca de la literatura y el espectáculo de lo efímero en el Barroco.

Los poemas seleccionados —medio centenar— presentan características compositivas y estilísticas muy similares, como podrá comprobarse más adelante. El número de estas composiciones y de los autores que las crearon, así como algunas noticias que de tales textos nos han llegado, nos permiten suponer que la poesía religiosa cómico-festiva fue un subgénero lírico muy practicado a mediados del siglo XVII, en el que participaron también autores de la altura literaria de Agustín de Moreto, de quien edito aquí el que creo único *corpus* conocido de su poesía. Además del intrínseco valor artístico de estos textos —que, de acuerdo con Dámaso Alonso, han de considerarse un capítulo imprescindible de la historia del conceptismo español—, creo necesario

subrayar su interés histórico en tanto que fruto de una visión de la poesía, de la religión y de la religiosidad muy distinta a la de siglos posteriores, diferencia que, en gran medida, es la responsable del silencio al que, desgraciadamente, han sido relegados hasta nuestros días.

La poesía religiosa cómico-festiva —de la que ya encontramos testimonios a finales del siglo XVI entre las composiciones de los poetas que participaron en justas sevillanas en honor de santos— alcanzó su mayor auge en los últimos decenios del reinado de Felipe IV y durante el de Carlos II. En este período es escrita regularmente por autores como Diego Calleja, Damián Cornejo o Manuel de León Marchante, en cuya obra ocupa un papel preponderante, y también por los dramaturgos del comúnmente denominado ciclo calderoniano (Agustín de Moreto, Juan de Matos Fragoso, Jerónimo Cáncer, Sebastián Rodríguez de Villaviciosa, Juan Vélez de Guevara, etc.). Aunque los poemas que he podido fechar de esta antología no superan el año 1664, tanto en España como en América continuó la creación y recepción de este subgénero poético al menos hasta el primer tercio del siglo XVIII: lo demuestran la publicación del segundo tomo de las Obras Poéticas Póstumas de Manuel de León Marchante en 1733, uno de los poetas antologados, con un elevadísimo número de estas composiciones; o algunos villancicos creados por Sor Juan Inés de la Cruz en el último decenio del siglo XVII, sin duda influenciada no solo por los grandes dramaturgos del momento, como Calderón y Moreto, sino también —y probablemente en mayor medida— por estos otros poetas, hoy considerados menores, pero entonces célebres. De hecho, Sor Juana Inés mantuvo una estrecha amistad con Manuel de León Marchante y Diego Calleja, hasta el punto de que este último se convirtió, tras la muerte de la monja mexicana, en su primer biógrafo.

Los poemas religiosos cómico-festivos surgen, como veremos, en un contexto socio-político, religioso y literario determinado, a saber: en el seno de las abundantes justas poéticas conmemorativas o con ocasión de celebraciones litúrgicas solemnes. Precisamente por este su carácter de poesía pública —que, en mi opinión, no le resta mérito literario alguno— resulta pertinente realizar, en este primer apartado, una aproximación, si bien breve, a las coordenadas socio-políticas y religiosas en las que fue creada, al escenario —la propia corte— en el que, mayoritariamente, se produjo su puesta en escena, su performance, y, por último, a las peculiaridades literarias de este tipo de poesía.